

UN ESTALINISMO CON FALDAS

ANNIE LE BRUN

SERIA absurdo, o inconsecuente, poner en tela de juicio, aunque fuera por un instante, la lucha de las mujeres contra su miseria real. Y no es esa, evidentemente, mi intención. Lo que hoy me preocupa, sin embargo, es la explotación espectacular de esa miseria por una ideología que, aun presentándose como progresista, no hace sino condenar a las mujeres a vivir entre ellas en un "ghetto".

Al afirmar la supremacía de la diferencia sexual sobre todas las demás, las neofeministas:

1.º Convierten al hombre en común enemigo que funda y justifica la solidaridad de las mujeres. Chivo expiatorio "incontrable", el hombre asume la negatividad en todos los planos: físico, psíquico, cultural. Aunque no todas las neofeministas comparten la opinión de Annie Leclerc sobre el hombre: "Ventre vacío, ventre mudo, ventre que nunca podrá engendrar más que versos". ("Parole de femme", página 133), todas suscribirían fácilmente la frase de Marguerite Duras: "Todo hombre está mucho más cerca de un general, de un militar, que de la más insignificante de las mujeres". ("Les Parleuses", página 33).

2.º Para asegurar la coherencia interna de un grupo que la necesita con urgencia, debido al rigor mismo de sus fundamentos, se recurre a la rimbombancia de una "sonoridad" mendaz y que permite afirmar sin siquiera pestañear que Gudrun Esslin está más cerca de la Farah Diba que de Andreas Baader. Es el corolario positivo del descubrimiento durasiano a que hemos hecho referencia. Pues sí, Laura, tú estabas más cerca de tu madre burguesa que de tu amante, Georges Bataille.

3.º Se evita oportunamente toda eventualidad crítica al establecer una nueva mística de la femineidad limitada a desarrollarse como una fetichización desorbitada del sexo femenino: "Refugiarse bajo las faldas de una mujer es una metáfora que da a entender que con el disfrute del clitoris se produce una zozobra en el cuerpo histórico de la especie". (Nicole Brossard, "Sorcières" n.º 7.) Enténdalo el que pueda, al menos se vislumbra la posibilidad de acceder hoy a la curiosa libertad de convertirse en sexos-objetos.

Dudo, pues, que las mujeres tengan nada que esperar de ese

desvergonzado corporativismo sexual. Al postular la absoluta diferencia de los sexos, las neofeministas se arrojan escandalosamente el derecho de hablar en nombre de todas las mujeres y trata de ejercer por ese medio un poder ideológico que funciona ya como un "terrorismo de la femineidad". Su ilustración más reciente lo tenemos en ese "Programa común de las mujeres", donde se nos anuncia

A juzgar por las neofeministas que se han adelantado en estas purgas, serán Sade, Baudelaire, Lautréamont, Miller, Bataille, pero también Breton, Freud, Novalis, Nietzsche... Los primeros en caer derribados por los golpes de esta imbecilidad militante. Para ser sustituidos sin duda por Benoîte Groult, Michèle Perrein o cualquier otra "escritora". Acaso sea necesaria semejante purificación para



¿Qué tienen en común mujeres como Ulrike Meinhof, suicidada en la cárcel, y Farah Diba, la esposa del Sha del Irán?

sin ambages que "la política será feminista o no será nada".

Para ello, las redactoras de Programa no escatiman medios, cuya particular eficacia en el terreno cultural no se me escapa. Prefiero pasar sobre la propaganda intensiva prevista ("una hora de emisión feminista al día a las horas de máxima escucha, tanto en la TV como en la radio") para subrayar las lindezas de una censura que no se confiesa como tal, pero que se ejercía a través de "comisiones antisexistas" llamadas a controlar "la TV, la radio, la prensa, los films". En cuanto a la educación, se encargaría de su vigilancia y control una comisión feminista que "censurará —en este caso no se calla la palabra— los libros escolares o los programas sexistas". Al mismo tiempo se nos advierte que "la Historia y la literatura serán objeto de una crítica rigurosa".

saborear la sección de ese programa consagrado a la creación femenina. Porque la creación, como en todos los proyectos totalitarios, está también allí planificada.

¿Por qué habría de sorprendernos todo eso si el neofeminismo encuentra su fuerza en el número y en la semejanza? No hay más que leer la actual producción feminista para comprobar en el plano sensible los primeros estragos de esa uniformización. Los escritos se suceden iguales en sus loas a la grandeza y la miseria de la mujer. ¡Y que nadie se aparte de esa línea! Pero, ¿no es engañar indefinidamente a las mujeres comrometerlas a que se reconozcan en ese realismo feminista que miente sobre la realidad de cada una de ellas igual que el realismo socialista miente sobre la realidad obrera?

Decididamente, ni las damas benéficas de ayer ni las de hoy

tienen imaginación para hacer triunfar el fraude de su moralismo mendaz. Y no será la lectura del capítulo "Creación" de ese Programa común lo que consiga disipar mis temores. Allí se nos habla incluso de talleres donde les bastará reunirse a las mujeres para escribir y descubrir que son la encarnación misma de la poesía, aunque escriban mal, aunque cometan faltas de estilo o de ortografía: "Más vale balbucir que callarse. Así se aprende a andar". Pero, ¿de qué se habla? ¿De seres humanos o de perros sabios? ¿No es mostrar un desprecio infinito hacia las mujeres tratar de convencerlas de su debilidad cuando otras de su sexo, como Virginia Woolf, Lou Salomé, Emily Brontë o Toyon, han hecho saltar en añicos los lugares comunes de la femineidad tradicional mediante una revuelta esencialmente individual?

No es una cuestión de derechos ni de izquierdas como trata de hacernos creer en última instancia la mala fe neofeminista, cogida en su propia trampa. Es un problema de servilismo ideológico que puede darse tanto en la derecha como en la izquierda y que busca aniquilar, con el individuo, toda forma de pensamiento capaz de dar al traste con el orden de las cosas y evidentemente de los sexos.

Para convencerse de ello basta echar una ojeada a la arenga en verso que corona el "Programa común de las mujeres". Afortunadamente, la palabra mujer aparece once veces en esta letanía de cuatro páginas donde se nos dice que también "gustan las joyas/si no se convierten en cadenas". Si no, el lector distraído podría creerse que se trata de una arenga del general Bigeard a sus paracaidistas del tipo: ¡Adelante, muchachos! ¿Les suenan a nuevo, a "terreno desconocido", este lema femenino: "No nos hemos adelantado, ni llegamos con retraso". Estamos aquí en el momento preciso./Somos cinco mil./Pero fuera aguardan millones. Y miles de millones en todo el planeta.../ Nuestra marcha hará retroceder al horizonte...? ¿Es ése el "lenguaje de futuro" creado por mujeres que se dirigen a las mujeres"? Oscilando entre la mediocridad intelectual y el miserabilismo sensible, ¿no es portador ya este futuro de todas las taras del viejo mundo?

El "militantismo" neofeminista no vale más que los otros "militantismos". Diría incluso que es peor, porque a fuerza de sutiles decoloraciones, sabios maquillajes y orgánicas farfollas trata de encubrir al militar y al policía, que no tarda, sin embargo, en aparecer bajo el hábito militante. No se llamen a engaño: Jdanov ha cambiado ya de sexo. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.